RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Seis barbas de besugo

y otros caprichos

dibujos de ALFREDO

MEDIA VACA

Últimas lecturas

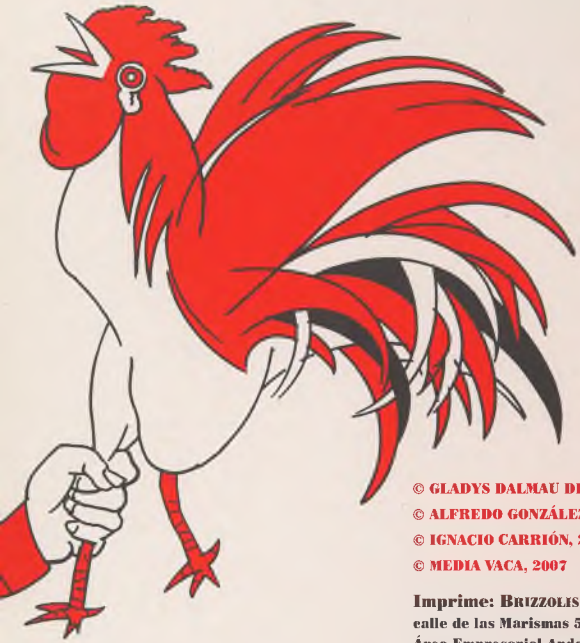
Antes de seguir adelante, amigo lector, amiga lectora, debes saber algo: tu vida no va a ser mejor después de leer este libro. Tampoco tú vas a ser mejor persona. Conviene aclararlo, porque hay quien confía encontrar en los libros una solución para cada cosa. No se les puede pedir tanto. Tampoco ellos nos piden tanto a nosotros: nos van a obligar, eso sí, a mantener durante cierto tiempo la vista pegada a un papel, cuando sería más agradable quedarse mirando, por ejemplo, un rostro humano. El libro no nos pide que tengamos estudios ni que seamos lectores experimentados: lectores de tres mil libros, pongamos. Al libro no le importa quiénes seamos nosotros, basta con que nos asomemos a él con los ojos abiertos.

Seguramente dirás, amigo lector, amiga lectora: sé que el libro no cambiará mi vida, y sé que no me va a convertir en mejor persona, pero no importa, sólo quiero pasar un buen rato. Entonces debes saber algo: aunque el libro nos obligue a prestarle atención, también va empujando nuestra mirada hacia sus márgenes para enseñarnos que fuera de ellos hay todo un mundo del que formamos parte y que nos reclama. Bien está recordarlo. A menudo sucede que un libro nos lleva a otro libro, y éste a otro más, y así sucesivamente.

Cada libro contiene muchos libros, y cada nuevo libro nos obliga a mirar un nuevo paisaje. Ahora bien, ¿la lectura de diez, de ciento sesenta, de doscientos mil libros, nos cambiará la vida, nos hará mejores? No, amigo lector, amiga lectora, no hay que pensar en eso. De la lectura de muchos o pocos libros sólo cabe concluir que hubo un primero y que necesariamente habrá uno último. Uno que se nos cerrará de golpe entre las manos.

SEIS BARBAS DE BESUGO

ÚLTIMAS
LECTURAS



© GLADYS DALMAU DE GHIOLDI, 2007
© ALFREDO GONZÁLEZ, 2007
© IGNACIO CARRIÓN, 2007
© MEDIA VACA, 2007

Imprime: BRIZZOLIS, arte en gráficas
calle de las Marismas 5
Área Empresarial Andalucía
28320 PINTO (MADRID)
tel: (+34) 91 691 91 30
arteengraficas@brizzolis.com

Encuadernación: HERMANOS RAMOS

Edita: MEDIA VACA
calle Salamanca 49, pta.13
46005 VALENCIA - ESPAÑA
tel-fax: (+34) 96 395 69 27
e-mail: mediavaca@mediavaca.net
www.mediavaca.com

MEDIA VACA

ÚLTIMAS LECTURAS

dirige la colección: Vicente Ferrer
diseño gráfico: Alejandra Hidalgo

1ª edición: julio 2007 (3.000 ejemplares)
Depósito legal: M-33409-2007
ISBN: 978-84-934038-8-1
IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Seis barbas de besugo

y otros caprichos

dibujos de ALFREDO

comentario de Ignacio Carrión

selección de Herrín Hidalgo

Madrid Visor
MMVII

– Hace mal en copiar a Goya, pues Goya es un mal dibujante.

Yo miré a aquel mentor entrometido en aquel colegio sin mentores en que se estudiaba y se hacía novillos al mismo tiempo y, mucho después de que hubiese desaparecido, se repuso en mi corazón la contestación: «Yo no aprendía dibujo en aquel copiar los geniales garrapatos de Goya, sino que aprendía a disquisicionar en los sueños y recoger el espontáneo sarcasmo que merece la vida».

RAMÓN

[de su libro *Goya*]

SEIS BARBAS DE BESUGO

El anfitrión campechano pidió a voz en grito en el comedor del figón solitario:

— ¡Eh de la casa! ¡Vino, cordero y un besugo por barba!

Nadie respondía, y entonces el caballero estentóreo volvió a gritar:

— ¡Lo dicho! ¡Vino, cordero y un besugo por barba!

Era disparatado pero pintoresco el buen ver de aquel conjunto de caballeros con aquellas barbas plateadas que tenían cola de pescado en la punta.

Escamadísimos y corridos se fueron de la posada misteriosa buscando la barbería en que les descañonasen de sus absurdas barbas de besugo.

EL DOMADOR DE FOCAS

Era un muchacho moreno, de pelo muy abrillantado, que sólo se dedicaba a domar sus focas dándoles azotitos en las nalgas negras.

Había conseguido de las focas que tocasen la marimba, que fumasen en pipa, que escribiesen a máquina, que hiciesen punto de jersey, que tocasen la guitarra y hasta que cantasen flamenco.

Pero tanto esfuerzo hizo con sus focas, tanto se dedicó a ellas día y noche, que un día apareció arrastrándose por la alfombra convertido en foca.

Fueron a llamar al director del circo y a decirle que había salido una foca de más, pero que no se encontraba al domador por ninguna parte.

El domador de leones hizo de domador de focas aquella noche, y desde entonces el hombre convertido en foca fue la foca prodigio, la foca que dibujaba y que sabía matemáticas, la foca que recibía la primera corvina en el reparto de peces que se hacía entre número y número del largo trabajo.

Lo inverosímil llena la vida, y si se admite que en Nueva York ha sido inaugurado el Círculo de las Mujeres sin Arrugas, puede creerse en la casa acordeón.

El caso es que el hombre del fuelle se había visto obligado a vivir con su familia en su propio acordeón.

Fue difícil el acoplarse, pero en estos tiempos en que la carestía de los alojamientos ha llegado a la locura, lo irremediable hizo que lograsen meterse en el acordeón.

La cuestión terreno no fue difícil, pues aún es factible encontrar un par de metros de yuyal en cualquier sitio.

Las primeras noches fueron incómodas, con algo pesadillesco, pero distendiendo la cámara plegada se logró dar cabida hasta a un sobrino huérfano que de no ser por la facultad de dar de sí que tiene la gran oruga musical hubiera tenido que dormir a la intemperie.

CLEPTÓMANA DE CUCHARILLAS

Era poderosa y aristocrática, pero tenía la obsesión de las cucharillas.

Es ésa una cleptomanía corriente sobre todo en los palacios reales, y por eso hubo reyes que cambiaron las de oro por otras de similor, para evitar que se llevasen tan costoso «recuerdo de S. M.».

Poseía cucharillas de los mejores hoteles del mundo, de las casas más nobles —con el escudo en el agarradero—, y hasta algunas arrancadas a las colecciones napoleónicas.

Un día, sin poder resistir mi curiosidad, le pregunté qué se proponía almacenando tantas cucharillas.

Entonces la cleptómana me dijo en voz baja:

— Vengarme del mundo... Dejarlo sin una cucharilla... Que muevan el café con tenedor.

RÉCORD DE VIAJERO DE AVIÓN

Su locura era la de ser el turista aéreo que más viajes de ida y vuelta había hecho, visitando todos los aeródromos del mundo.

— Salgo para Siracusa, la semana que viene estaré en Timor y dentro de quince días habré vuelto vía Nueva York...

En esos giros y contragiros por los siete cielos del mundo, un día al descender en el campo de aterrizaje de Lisboa se encontró con que le esperaba él mismo; o se había adelantado o estaba ya para volver a subir en el mismo avión.

EL MISMO ALMANAQUE

El viudo inconsolable no sabía qué hacer para no salir del recuerdo de ella.

Lo que más lo desconsolaba era quitar las hojas del almanaque, como si cada hoja lo apartara más de los días felices.

Temblaba al ver adelgazar el taco, como si quedase en esqueleto el árbol en que anidó su amor.

Al volver la esquina de ese almanaque, ella iba a quedar detrás del horizonte visible. Eso no podía ser.

Y el viudo inconsolable acaparó almanaques de aquel año que iba a morir y se guió por ellos en años sucesivos, equivocado de días y de lunas, pero repitiendo aquel año sin tener que pasar por la tristeza de los aniversarios.

A l gato que vuela no lo suelen ver más que los trasnochadores impenitentes, y eso si no pierden de vista la perspectiva de los tejados.

El gato que vuela no es que vuele seguido en el cielo de la madrugada, porque entonces sería un gran murciélago, sino que sólo hace una cosa: salta de alero a alero atravesando la calle, como si volase.

Como los naturalistas nunca andan por las ciudades de cuatro y media a cinco de la madrugada no han podido anotar ese salto maravilloso —más vuelo que salto— que engatuña el cielo delirante en el entrevero de la noche y el día.

Los novios eran tan flacos y con tan poca vida que cuando les dieron el cuchillo para partir el pastel de bodas no pudieron partirlo.

Todos los invitados se quedaron paralizados de estupor al ver aquella impotencia en el trascendental momento de calar la dulce masa blanca.

Entonces el divorciante que hay en toda boda exclamó:

— Este matrimonio no puede ser válido... No se puede dar por consumado... Es impedimento eximente el no haber podido cortar el pastel de boda según marca la costumbre.

Y la boda se deshizo y todos los invitados se fueron muy mohínos y cariacontecidos.

Aquel maestro tenía el truco de los etcéteras y acababa el primer ejemplo que ponía con una escalera de etcéteras.

— Porque la historia tiene héroes como César, etc., etc.

— Porque hay cereales como el trigo, etc., etc.

Los alumnos aguantaban aquellos etcéteras, pero se les fueron indigestando como algo duro, insustancial, que les caía en el estómago y no pasaba de allí.

Un día todos los alumnos cayeron enfermos, como víctimas de una indigestión colectiva, y el parte facultativo hizo notar que todos estaban intoxicados de etcéteras.

ETC
ETC
ETC

EL LADRÓN ERUDITO

El ladrón se había dado cuenta de que el dinero estaba disimulado en algún libro de la biblioteca. ¡Pero había tantos!

Comenzó por los más altos y le fue ganando la apetencia de leer, la ansiedad de adivinar.

La casa era una casa de campo y estaba abandonada. Tenía tiempo para sus pesquisas.

Se adentró en las páginas escritas por los que prefieren escribir a robar y gastan en eso sus largas noches.

Él notaba que la realidad resultaba así más robada que por él mismo.

Hubo un momento en que sin haber encontrado los billetes estaba ya en los libros de las estanterías bajas, y entonces se sintió tan preparado que hizo unas oposiciones.

DISCUSIÓN SUPERFLUA

Los dos eternos discutidores se habían guarecido en el templete de la música cuando comenzó a caer la gran tormenta eléctrica y pluvial.

Se cumplía en los dos un sueño de niños viendo la tempestad —tan partitura de quiosco musical— desde el tribunicio púlpito de las bandas militares o municipales.

De pronto una exhalación cayó en la cresta del templete.

— Ha sido una centella —dijo el uno.

— Le digo que ha sido un rayo —dijo el otro.

— Un rayo tiene rúbrica.

Y como dándole la razón y rubricando la sentencia de muerte de ambos, cayó un verdadero rayo que los carbonizó a los dos.

EMPLEO PARA LOS ZORROS

Lo que no se le ocurra a un peletero no se le ocurre a nadie.

Aquél puso un anuncio en los diarios que decía:

«SE DA BUEN EMPLEO A LOS ZORROS».

Acudieron muchos zorros desocupados que al fin iban a entrar en la vida urbanística y civilizada.

El peletero los hacía pasar al escritorio y allí los mataba y les arrancaba la piel.

Sólo gracias a esa estratagema abusiva de los zorros en paro forzoso se hizo rico el peletero.

DIARIO DEL PRESO FELIZ

Fue sentenciado a cadena perpetua, pero inventó para salvarse a la abrumadora sentencia la estratagema de llevar un diario íntimo en que describía la vida que iba haciendo como sucedida en libertad: «Hoy en Niza...», «Hoy en El Cairo...».

El director del presidio al enterarse del caso le llamó reprendiéndole duramente porque aquel diario con sus suposiciones significaba un acto de evasión prohibida por leyes y reglamentos.

Despojado de su diario fugativo el preso feliz se murió de tristeza.

Llegó a la gran bodega el supercatador, y cuando le dieron a probar el caldo rubio del jerez nuevo, dijo sin dubitación alguna:

— Esto sabe a mariposa.

Todos se quedaron perplejos, porque el dictamen del supercatador era inapelable.

Por si hablaba en un sentido simbólico, le preguntaron:

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Nada, no se alarmen —repuso el genio en distinguir sabores—. Eso quiere decir que ha caído una mariposa en la gran tinaja.

Dudando de tanta sutileza, subieron en una escalera para ver si se veía la mariposa ahogada, y en efecto, una mariposa blanca se había ahogado en el néctar rubio.

Aquella mujer no era infiel, no había temor de eso.

La había observado por todos lados, en los más difíciles momentos, en las pruebas más duras.

Hasta había sentado a su mesa, para ver cómo reaccionaba, a don Juan y a don Luis, y ella permaneció impasible, distraída, con su vaga mirada de siempre.

Pero el celoso máximo, que la hubiese abandonado al primer conato de infidelidad, notó que ella dejaba una uva en todo racimo que picoteaba, una buena, rubicunda, comestible.

¿Para quién dejaba aquella uva? Esa uva era su contribución a la infidelidad, el único punto en que fallaba la mujer perfecta. ¡Qué lástima!

LOS DUEÑOS DE LA TIENDA DE OBJETOS DE GOMA

Los dueños de la tienda de objetos de goma —padre, madre y cuatro hijos, todos muy pequeños— tenían un color extraño y maneras flojas y como deshuesadas.

Herederos de dos o tres generaciones de vendedores de objetos de goma, se veía que ya habían tomado la calidad y el color gris claro de los muñecos de goma.

Todo en ellos tenía materialidad de objetos de goma, medianidad de goma, sufrencia de goma, tristeza de goma blanca.

Aire de antigua habitación de baño había en aquella tienda en que todos vivían oliendo a impermeable; pero los domingos se oreaban en el campo y los niños disfrutaban mucho tirándose por los terraplenes de las afueras y rebotando en sus carreras.

Pero cuando la familia de objetos de goma tuvo su milagro fue aquel día de fiesta en que un gran autobús los atropelló a todos y a ninguno le sucedió nada, pasando las ruedas sobre los seis sin lograr más que oprimirles un momento, rebotando el coche como si hubiese saltado sobre neumáticos nuevos.

CONTRATO EDITORIAL

El escritor esperaba que sus libros fructificasen en el sótano del editor, y así sucedió un día después de muchos años de espera.

Entonces el editor le dijo:

— Le hago un contrato por todo, un contrato según el cual su cabeza pasará a ser propiedad mía.

El escritor aprovechó el ofrecimiento y firmó la venta de su cabeza.

Pronto se comió los adelantos estipendiados y se moría por no poder ser libre, porque toda su producción era de aquel editor que ya no le pagaba nada.

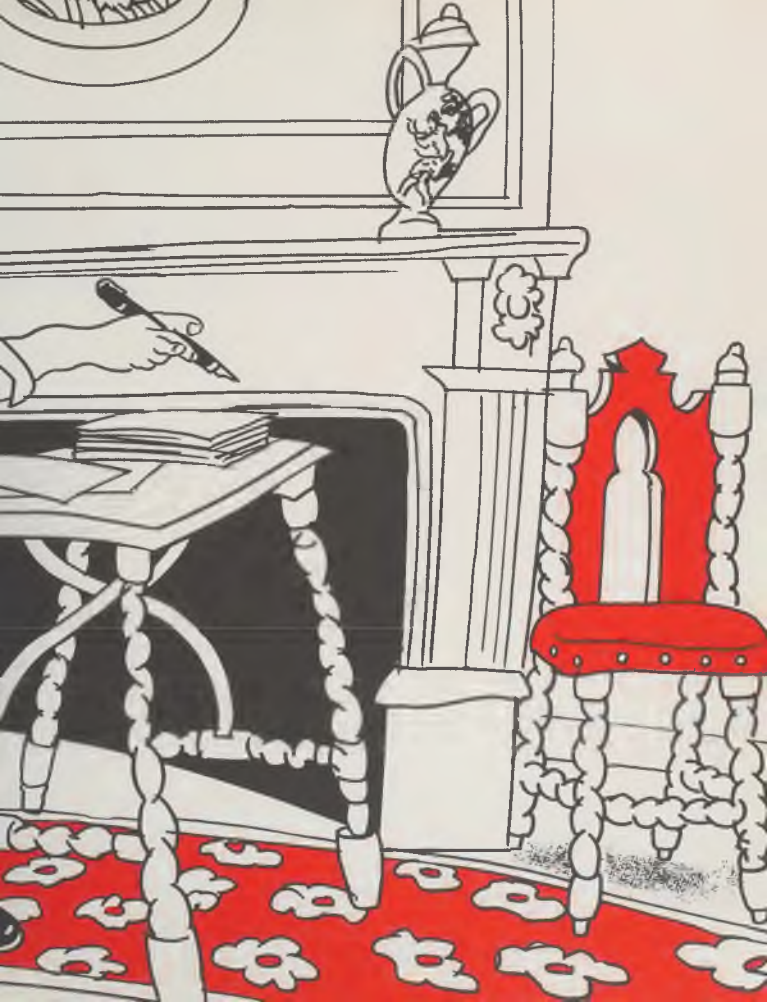
Entonces publicó en otro editor una obra nueva.

— Esa obra me pertenecía —le dijo el editor que había comprado su cabeza.

— Esta obra que está teniendo más éxito que todas las otras obras mía no le pertenece.

— ¿Cómo puede ser eso?

— Porque esta obra no ha sido escrita con la cabeza, sino con los pies.



EL ABRELIBROS

Tenía los más extraordinarios abrelibros y los amigos admiraban la colección. Desde el abrelibros pata de ciervo hasta el que es puñal y anteojo.

Era una armería pacífica de puñales para ninguna puñalada porque sólo en las novelas se mata alguna vez con esa no-arma. En la vida el matar a otro o a otra es tan serio que por la propia dignidad del crimen se apela a un verdadero puñal o a un verdadero cuchillo.

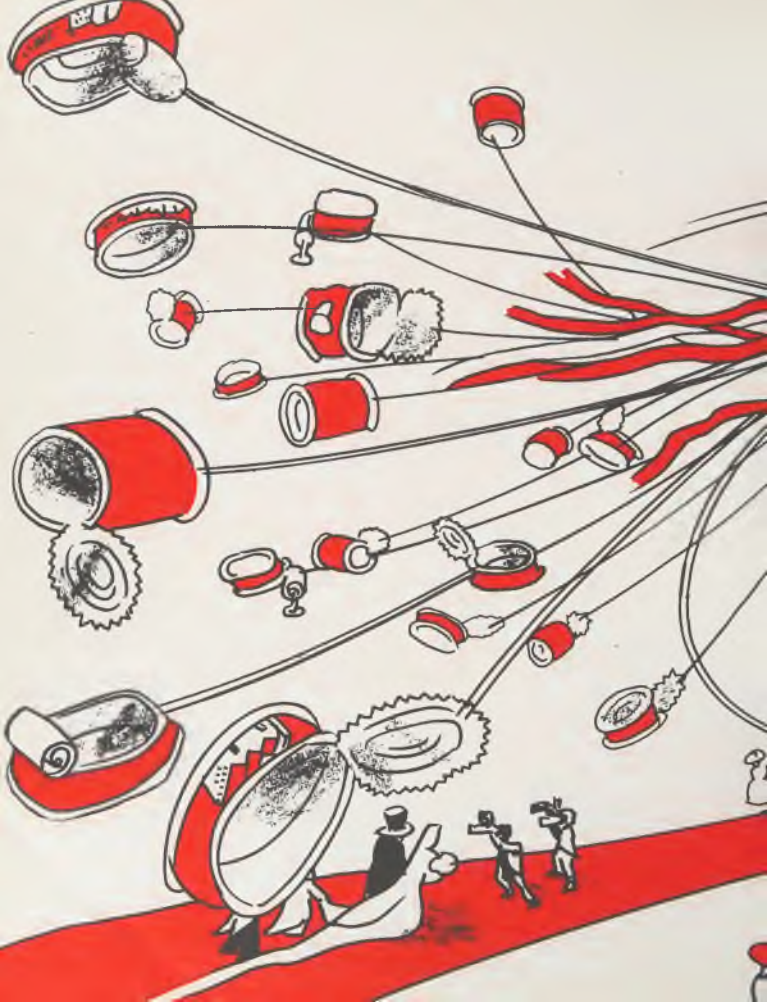
El coleccionista de bellos abrelibros embotados al rasgar pliegos y afeitar papeles, cuando se quedaba solo y necesitaba abrir un libro pedía un cuchillo de postre del comedor.

REGALO DE BODAS

El ricacho padrino le había regalado una avioneta.

Todos admiraron aquel aparato como para que se lanzase la pareja casada a las mieles de la luna, pero lo sorprendente fue que días antes de la boda voló el novio con dirección desconocida.

Se devolvieron todos los demás regalos.



No era brusco Gazel,
pero decía cosas violentas
e inesperadas en el idilio
silencioso con Esperanza.

Aquella tarde había trabajado mucho y estaba nervioso, deseoso de decir alguna gran frase que cubriese a su mujer asustándola un poco. Gazel, sin levantar la vista de su trabajo, le dijo de pronto:

— ¡Te voy a clavar con un alfiler como a una mariposa!

Esperanza no contestó nada, pero cuando Gazel volvió la cabeza vio cómo por la ventana abierta desaparecía una mariposa que se achicaba a lo lejos, mientras se agrandaba la sombra en el fondo de la habitación.

AQUELLA MUERTA

Aquella muerta me dijo:

— ¿No me conoces?... Pues me deberías conocer... Has besado mi pelo en la trenza postiza de la otra.

Aquella mujer había sido una mujer emprendedora y decidida. Tenía algo de mujer de circo. Había viajado mucho hacia París en los primeros trenes lentos y pesados, de vagones grandes, obispales, que parecían coches familiares unidos a una locomotora. Conoció el París alumbrado por reverberos y la emoción que el nacimiento de la edad moderna producía allí.
Yo la conocí ya sola, toda de luto, con un sombrero del que colgaba un copioso manto, un poco sorda, con los ojos muy ajaponesados por una vejez refinada; siempre con una perrita al lado, una perrita de ésas que ya no están lo que parecen y lucen treinta botones sobre su vientre hidrópico.

La historia de su vida era una historia extraña, con un poder de evocación que la hacía inolvidable. En uno de aquellos viajes a París se le murió el marido a mitad del camino. Como iba sola con él hizo un gesto de gran locura cuando lo vio muerto, pero todo dentro de la más muda pantomima, pues comprendió que si el revisor se enteraba la harían bajar en un pueblo del trayecto; y en ese pueblo abandonado y desconocido sin saber qué hacer con él,

todo para después tener que embalsamarle y entonces continuar el camino a la capital, ella sola en un departamento y su marido como una mercancía en el furgón de cola.

Había que ocultar que había muerto, que en el tren que se movía se había parado aquel corazón. La importancia de la vida, el cómo la vida sigue viviendo intensamente sin pensar en el que cae, le daba ánimo. Así, hubo un momento en que volvió a parecerle que iba con el vivo, aunque eso se cruzase con la idea de que viajaba ya sola con su recuerdo, como ya viajaría siempre.

Lo colocó bien, lo arropó en la manta, le volvió contra el respaldo, le caló bien la gorra, tapándole con la visera los ojos, le buscó los billetes del tren y la cartera, como un ladrón, y así, cuando volvió el revisor, ella le dio los billetes y le dijo: «Ese señor y yo». Aquel «Ese señor» tan vivo y tan viajero devolvió cierta personalidad viviente al muerto.

¡Inolvidable mujer fuerte aquella, a la que veré siempre a solas en su vagón matelasé con el falso viajero dormido!

EL CINTURÓN

Aquel cinturón había sido el compañero de toda su vida y lo quería como no quiso a nadie. Fuerte, hebillado con hebilla de uña de león —sonaban sus articulaciones de metal como una campanilla de plata—, llegó a considerarlo como verdadero hermano.

Cuando se presentó la muerte él sólo le pidió una cosa:

— Déjeme vivir hasta que dure mi cinturón.

Y la muerte se lo consintió, y duraba, duraba, hasta que se pasó de tuerca y cansado de la vida se colgó de su cinturón.

SUICIDIO DE UN PIANO

Subían el piano a aquel cuarto piso en medio de toda la expectación de la calle, entre el chirrido emocionado de las cabrias, cuando el gran piano vertical se escapó de sus amarras y se estrelló en mil pedazos y en más de mil notas.

La bomba musical conmovió a toda la ciudad, y aparecieron bemoles perdidos en los tejados lejanos y teclas negras en guantes remotos.

El piano, fatigado, se había salvado de las monótonas lecciones de la señorita del sombrero verde.

EL PESCADOR DE LÁPICES

Los pescadores tienen tan gran reserva que no se sabe si pescan ni qué pescan.

La intimidad que da el pertenecer a un círculo de caza y pesca hace que se obtengan confidencias interesantísimas.

Jugando al tresillo sobre praderas verdes con pocitos de metal, llegué a conseguir del más silencioso de los pescadores una referencia a lo que solía pescar en sus largas esperas de pescador con caña.

— ¡Lápices!

— ¿Pero qué clase de lápices?

— Lápices de todas clases... Es curioso: echo el anzuelo y al cabo de un rato sale un lápiz de bolsillo, de pupitre para el teléfono, y algunas veces de esos que escriben azul por un lado y rojo por el otro.

Después de la declaración profesional recibí el regalo de una caja de lápices de todas clases.

Los pescadores son así. Cuando hablan de lo que pescan y se les oye con atención admirativa, envían la pesca del domingo siguiente al que les aguantó la lata de sus aventuras.

NEGOCIO DE GUERRA

En la necesidad de huir del enemigo y sus bombas los hombres poderosos tomaban un avión donde quiera que estuviesen y salían huyendo.

Entonces surgió el gran negocio de la guerra inmune y en gran escala.

El aviador lo facilitaba todo. No se necesitaban pasaportes porque él sabía sitios en que aterrizar.

Salía con una bandada de viajeros huidizos y clandestinos, y cuando estaba en medio del mar daba a una palanca y el avión se abría por debajo y caían todos los pasajeros en el fondo de las turbias aguas.

Después volvía por otros a distinta playa, les hacía guardar sus objetos de valor en un compartimiento reservado del avión y después volvía a dar a la palanca y vuelta a volver de vacío a otro aeródromo.

Ningún negocio como aquel negocio de la guerra ante el pánico atómico.

EL GRAN PEDAGOGO

Este pedagogo no era de los que enseñan y enseñan *test* a los niños haciéndoles el engaño de la estampa cuando más descuidados están y anotándoles más o menos mala nota por lo que dicen al ver la estampa con ingenuidad distraída.

Este pedagogo tenía un plan filantrópico para iluminar a los niños sorprendidos por el colegio.

Escribía y escribía comunicaciones al ministerio y hasta se dirigió a algunos ricachos pidiendo una subvención para realizar su plan.

Nadie le contestaba hasta que un día, comprometiendo su sueldo para esta vida y la otra, consiguió que le enviasen un gran cajón de caviar del país.

Los niños sobrealimentados con caviar comenzaron a progresar, a ser geniales, a ver la pega de los grabados tontos de los *test*, y cuando llegó el inspector lo envolvieron en ironías.

En vista de eso el maestro aquel fue declarado en situación de disponible y se cerró la escuela durante una temporada como si hubiese habido una epidemia.

LA TÍA DEL NIÑO

Estaba tan floripondiado el jardín que la solterita Araceli, que había salido a pasear a su sobrino de cuatro meses, sintió una tentación rimborondante.

Sentada en el banco verde de las ideas seductoras, pensaba hacer con su mano ese giro de planetas que es sacar un seno y dárselo al mamoncillo.

El sideralismo oculto de los días obraba por persuasión con sus fuerzas de más a aquella hora.

La virginal muchacha contenía el gesto de pelotari venusina, pero la apremiaban los deseos del jardín y el haber concebido la idea.

¿Sí? ¿No? A la una, a las dos, a las tres...

Y desabrochando su corpiño tuvo la tremulante alegría de poner su seno al descubierto en pleno jardín público, conseguida una preeminencia que sólo pueden tener las estatuas y las madres.

El niño jugó con la pura morbidez, y un ejército de soldados de jardín comenzó a pasar por delante de la maravillosa falsificación del único gesto de impudicia permitido.

SECRETO DE LAS REVOLUCIONES

Nadie sabe cómo se hace la revolución contra los reyes.

Los historiadores han inventado mil teorías y ha habido sociólogo que ha dicho que la aparición coincide con el incremento de los paraguas.

Se ha llegado a suponer que el derrocamiento de los reyes se debe a que en el subconsciente todos quieren ser el propio rey y esperan que la corona se multiplique y todos tengan corona para andar por casa.

La verdad pura o la pura verdad es que todo se debe a un grito lanzado en medio de la multitud por el especialista en revoluciones o quizá por un imprudente que no ha podido ir al cinematógrafo.

Ese alguien grita: «¡A Palacio!».

Basta. La multitud grita a coro: «¡A Palacio!».

El que gritó primero «¡A Palacio!», se cree con derecho preferente a presidir la manifestación y marcha a su cabeza.

Por las calles, de vez en cuando, grita el promotor: «¡A Palacio!», como si fuese una invitación a una cena da gala.

Pronto están frente a Palacio y entonces el que lanzó el grito primero se vuelve a su casa y los que están a la cabeza entran en el portal de Palacio y son barridos por las balas, después los segundos, después los terceros y los cuartos, hasta que los quintos suben las escaleras de Palacio, suben, suben, hasta que se sacian de espectáculo de altura.

REMEDIO PILOSO

El opulento calvo se asomaba al balcón y sentía cómo la rubia de arriba, que tenía numerosas macetas, le daba una ducha de riego.

Primero pensó protestar, pero al notar que crecía el pelo en su pelada calva gracias a aquel refrigerio de agua abonada por las macetas, aprovechó las circunstancias y llegó a tener la melena de los peludos.

En aquel momento de peligro no encontró el banderín rojo que detiene las catástrofes y ya oía al tren que avanzaba resoplador.

¿Qué hacer?

Entonces agarró al gallo hermejo del gallinero y lo hizo flamear al paso del tren con las alas extendidas.

El maquinista comprendió y frenó a tiempo salvando muchas vidas.

EL PINTOR CON MUCHOS PINCELES

Era un mal pintor, lo fue siempre, pero le había llegado la hora de vender sus cuadros en grandes cantidades.

— ¿Pero cómo puede engañar a los elementos oficiales y a las personas pudientes con tan mala pintura?

Todas las telas manchadas que colgaban de su estudio no podían salir por la puerta porque eran inmensas como tapices de historia que el artista pintó para abrigar la pared del fondo, todo salió pignorado en muy buenos precios.

¿Qué es lo que había hecho madurar la suerte de aquel pintor absurdo?

El secreto fue que un día, en su madurez, recibió un consejo de aquel pintor bizco que había sido su maestro y que le veía vegetar tristemente en su estudio destartalado y lleno de polvo de los lustros.

— Mira —le dijo el bizco maestro—, compra muchos pinceles... Llena de pinceles varias ánforas de ancha boca y convida a políticos y ricos contribuyentes... No hay nada que les convenza como ver esos haces de pinceles saliendo como flores del arte de esos búcaros improvisados...

En efecto, cumplió el consejo y al poco tiempo comenzaba a vender todos sus cuadros.

Cuando la revolución está en su crepiteo más sangriento es cuando se oye gritar:

— ¡A matar los pavos reales!

No sería una revolución completa y tan digna como debe ser si no se oyese ese grito que es el ex libris revolucionario.

— ¡A matar los pavos reales!

Entonces la multitud se desparrama por palacios y zoológicos y no queda un pavo real vivo y con plumas.

Entonces —sólo entonces— comienza la contrarrevolución.

EL TERROR DE LOS LIMPIABOTAS

Los limpiabotas saben muchos secretos de la humanidad pero no los propalan. La caja sobre la que depositan los pies calzados es como un confesionario diminuto.

Pero los limpiabotas conocen un monstruo, que es el hombre que tiene garras de león.

Disimuladamente extiende sus pies ese caballero y ellos, allí abajo, en el secreto de debajo de las mesas, se dan cuenta de que los pies que limpian tienen uñas de fiera, terribles zarpas que se transparentan y sobre las que echan betún para cubrirlas, dándoles después brillo con trapo tembloroso.

El limpiabotas, cuando asea al hombre de garras de león, no se atreve a mirar hacia arriba, y cuando accede coge su pago en el alero de la mesa y se va presuroso.

El tipo de las garras de león se queda tan reverendo aprovechándose de que el limpiabotas está obligado a callar porque es secreto de confesión lo que ha visto, y él sigue mirando a las incautas mujeres Gran Bar Americano, con sus miradas de león disfrazado, escondiendo sus uñas retráctiles mientras realiza la conquista.

¿QUIÉN PARECE?

Las millonarias norteamericanas son así.

La cosa sucedió en París.

Una noche en la Coupole, la rica naviera Celeste Armour encontró un muchacho rubio, de esos que llevan jersey de ciclista, y parándose frente a él exclamó interrogante:

— ¿A quién se parece? ¿A quién me recuerda?

El muchacho sonreía, dándole tiempo a consultar la guía telefónica de su recuerdo, pero hubo un momento que quiso seguir su camino.

— No, amigo —dijo ella agarrándole por el brazo—; eso no. Usted se queda conmigo hasta que dé con el parecido.

Lo sentó a su lado, pidió un *cocktail* a base de champaña y comenzó una conversación de palabras y consumaciones.

Después le propuso un secretariado sin nada que secretariar y viajes alrededor de los mundos hasta que

acertase a quién se parecía, momento en que volvería a recobrar su libertad, y ella sufragaría todos sus gastos hasta que pudiese llegar a aquella terraza y sentarse otra vez junto a su enorme chubesquí ardiendo..., a no ser que le tocase volver en verano.

Los viajes y la vida suntuosa comenzaron, tomándolo todo a broma.

Sólo de vez en cuando, ella le miraba fijamente y se volvía a preguntar: «¿Pero a quién me recuerda usted?».

No daba con la sugerencia hasta que un día exclamó con gran júbilo, mientras el muchacho se ponía pálido:

— Ya sé a quién se parece..., se parece a usted mismo y es su mismo tipo.

Desde ese momento y ya sin inquietud, el muchacho rubio, que ya no usaba chaleco de ciclista, se convirtió en el dueño de la fortuna de la gran naviera.

Lo más sorprendente de aquel colegio no era que todas las alumnas fuesen millonarias, ni que tomasen los mejores helados del mundo —la multimillonaria había dejado su gran fortuna para que hasta la eternidad todas las «niñas» tomasen helados dos veces por día—, sino la belleza fantástica que singularizaba a todas las muchachas de aquel internado.

¿Es que las elegían? ¿Es que la coquetería guiaba a las más hermosas hacia aquel colegio?

Nada de eso. Es que Gloria Sunson, la belleza triunfante de los salones y los hipódromos —de la noche y del día—, cuando murió dejó su cuantiosa belleza al colegio en que había estado interna.

ASOCIACIONES RARAS

He sabido de asociaciones extravagantes, como la de «Las mujeres sin arrugas» y la de «Los aprovechadores del tiempo», desahuciados por diez médicos que se dedicaban a divertirse contando con que sus días estaban contados; pero ninguna asociación más absurda que la de «Los que no cierran los paraguas cuando ha dejado de llover».

En esa increíble asociación se cazan los socios los días de lluvia, y basta que un veterano vea a uno que no cierra el paraguas cuando ha cesado la lluvia para que lo siga, y si continúa así diez minutos —condición precisa, según el reglamento—, se le acerca y le propone el honor de pertenecer a la caballeresca asociación.

LA MANÍA DEL MILLONARIO OVEN

El multimillonario Oven tiene la manía de enterrar violines en su jardín.

Adquiere los mejores violines del mundo, los violines en que tocaron los grandes maestros, y los entierra poniendo encima lápida y cruz.

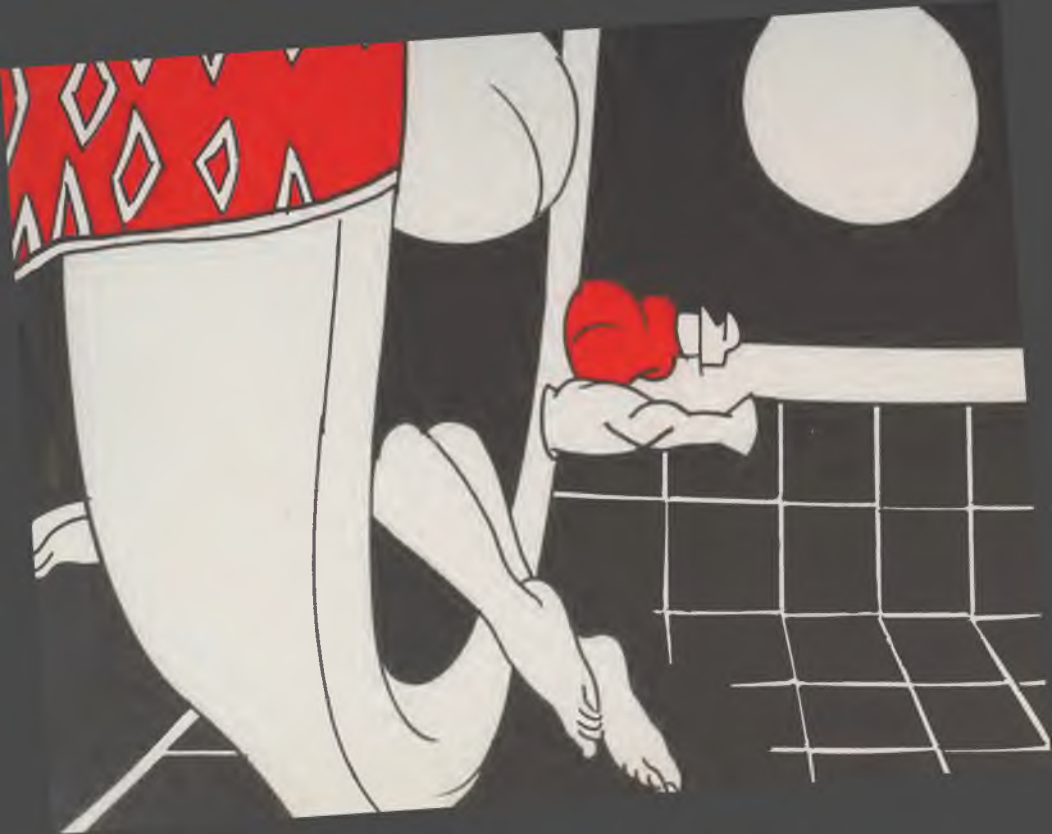
†

AQUÍ YACE EL STRADIVARIUS
QUE TOCABA EL PROFESOR X.

Lo enterrado en el jardín de Oven vale más que todo su palacio, una verdadera fortuna.

Es impresionante ese panteón de violines ilustres, y se enreda en los árboles la melodía de la tarde.

Las sorpresas que va a dar el polo van a ser muchas, y se encontrará a la bella dormida en el hielo y se dará con el palacio del pescador más viejo de la tierra, pero no se encontrará el pivote de platino del eje del mundo hasta que no se dé primero con las regiones de hielo negro, un hielo de pórfido transparente en que la luna se baña como esas grandes señoras que se permiten el lujo de tener baño negro.



UN REY ANTIGUO QUE RESUCITA

El panteón de reyes había llegado ya a estar dotado de la frialdad penetrante en que no se corrompen las carnes.

Alguna vez se había abierto la caja de algún rey fallecido hacía mucho tiempo y se le había encontrado intacto, hasta sonrosado y con aspecto de buena salud.

En el frío panteón los vivos se quedaban como muertos y congelados, y los muertos se sentían saturados de una vida inmóvil pero encarnada en sus tejidos humanos.

Era como una sala del sanatorio de los muertos aquella sala frigorífica por la que pasaba siempre la cascada de las aguas más finas.

Y un día sucedió que el rey Abdón V se evadió de su féretro animado por su antigua vida, porque enterrado después de un ataque de catalepsia que no supieron diagnosticar sus médicos, el gran frío de la cripta había mantenido incorrupto su corazón, hasta que en aquel día de agosto en que perdió frialdad la temperatura helada del panteón, el buen rey Abdón V se sintió despertar.

En la corte le quisieron detener, pero él buscó un buen abogado republicano que le defendiese y destronó ante los Tribunales Supremos de Justicia a Abdón XXI, dándose el caso del mayor salto atrás que se conoce en la historia, pues Abdón V reinó después de Abdón XXI.

ARDÓN

EL PLANTE DE LOS GIRASOLES

Como una mulatería empecinada, los girasoles comenzaron a gritar su rebelión. Sostenían con su cara de soles negros que no podían ser explotados.

Sus cabezas fanáticas e insoladas decían que no querían ser cosechados, que querían seguir tomando el sol, sin hacer nada, sin prestar sus semillitas ni al hombre ni a sus industrias.

Hubo que emplear las ametralladoras y cayeron desparramados y desgranados sus granujientos y carillenos rostros.

Así se ensemillaron de tal modo los campos de la refriega que la nueva cosecha resultó centuplicada, magnífica.

Recuerdo mi entrada buscando algo en un corral, ya tarde, cuando había oscurecido en aquel pueblo de Castilla.

Había pisado las piedras puntiagudas, los morrillos puntiagudos, que son los que más sensación de la realidad me han dado en la realidad, y fui a aquella casa a buscar a Lucio, un criado patudo al que le salía perilla de chivo por toda la sotabarba.

— Espera que eche de comer a los animales... Es su hora...

El burro gris, zancudo, de Lucio estaba sentado como después he visto que Goya pintó sentados a los burros, y a la luz del farol vi que escribía... ¿Qué escribía?... Me acerqué y vi que escribía: «El Quijote. Tercera parte»...

Eso es lo que yo recuerdo confusamente, apareciéndoseme aquel corral a esa hora en que las bestias son personas porque la fuerza de la realidad permite una cosa así... Sospecho que aquella tercera parte del Quijote debía estar bien de realidad, además de escrita en el mejor y más puro de los castellanos, en el castellano del rebuzno, que es el más denso y sesudo.

YO VI MATAR A AQUELLA MUJER

En la habitación iluminada de aquel piso vi matar a aquella mujer.

El que la mató le dio veinte puñaladas que la dejaron convertida en un palillero.

Yo grité. Vinieron los guardias.

Mandaron abrir la puerta en nombre de la ley, y nos abrió el mismo asesino, al que señalé a los guardias diciendo:

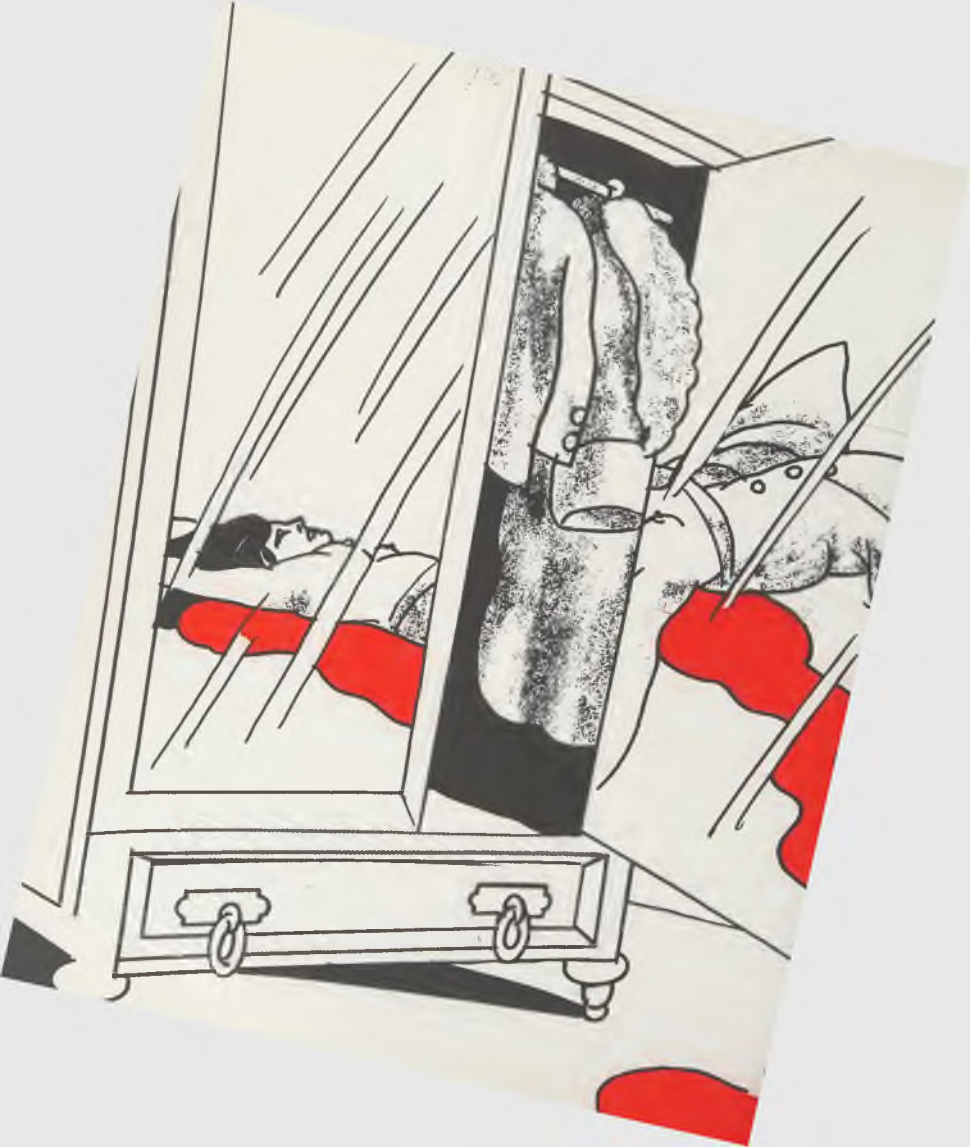
— Éste ha sido.

Los guardias lo esposaron y entramos en la sala del crimen. La sala estaba vacía, sin una mancha de sangre siquiera.

En la casa no había rastro de nada, y además no había tenido tiempo de ninguna ocultación esmerada.

Ya me iba, cuando miré por último a la habitación del crimen, y vi en el pavimento del espejo del armario de luna que estaba la muerta tirada como en la fotografía de todos los sucesos, enseñando las ligas de recién casada con la muerte...

— Vean ustedes —dije a los guardias—. Vean... El asesino la ha tirado al espejo, al trasmundo.



NO APTA PARA MENORES

Aunque a veces resulta que una película no apta para menores lo que no es es apta para mayores, en aquel cine se llevaba con el rigor de los medios billetes para niños en los trenes el que tuviese o no la edad reglamentaria el espectador que pedía una entrada.

La policía vigilaba el cumplimiento exacto de la disposición gubernamental, y ese niño que ha crecido mucho pero que sólo tiene catorce años era detenido a la entrada sin tener en cuenta su metro ochenta.

Pero una noche los «detectives» especiales para películas perniciosas notaron que había demasiados señores con barba en la sala, y a la salida, quizá excediéndose en sus atribuciones, fueron dando un tironcito a cada barba, y así se descubrió que el noventa por ciento de los barbados eran niños de ocho a quince años.

Ya, como los círculos aristocráticos tienen automóviles en vez de coches de caballos, me es difícil colocarles esta anécdota que aprovechando la ocasión voy a contar.

Salía yo una noche gélida y nevada del círculo de las buenas chimeneas, casi al filo de la medianoche, cuando ya se han ido todos, y vi en la penumbra que aún quedaba un coche. Me lancé sobre él y cuando estuve dentro noté que alguien de desusada corpulencia estaba en el interior. Era el caballo.

— Señor —me dijo con la voz que yo había supuesto siempre que tendrían los caballos si hablasen—, ya no podía más y arrancándome los tirantes del tiro, aquí me he metido.

— ¿Y el cochero? —pregunté por preguntar algo.

— El cochero hace mucho rato que se fue a la taberna más próxima. Que a él le abren la puerta y no al pobre caballo.

Entonces comprendí que no había nada que hacer y cerrando la portezuela, después de darle las buenas noches, me fui andando.

CERILLAS NUMERADAS

Él ya sabía que una cerilla
es un fuego en el que ponemos
misteriosamente algo
de nuestra vida.

En el fondo tenía la conciencia de haber gastado demasiadas cerillas, unas por necesidad y otras por descuido.

Así su cuenta, un día que encendió un grupo de tres que estaban unidas por la cabeza —siamesismo difícil de operar—, oyó que alguien le decía:

— Usted lleva treinta mil doscientas cincuenta y cuatro cerillas gastadas... Tenga cuidado, pues si sigue así habrá agotado las que tiene derecho a usar en su vida.

En vista de eso dejó de fumar.

NO PUDO SER CACEREÑO

Luis y Luisita, sorprendidos por la proximidad del acontecimiento esperado, tomaron el tren para que el niño que naciese fuese cacereño puro.

Se fueron en el rápido-exprés-ligero y pagaron sobretasa de velocidad.

Todo inútil. En medio del viaje ocurrió el percance. El tren tuvo que detenerse, y acondicionada en una camilla, fue trasladada Luisita al pueblo próximo, el pueblo de Mondregón.

Ya el Luisito que nació sería siempre puro mondregonés, es decir, una especie de mondrego, un chico basto y como menos hijo de ellos que si hubiese nacido en Cáceres.

MONDREGO

EL TIEMPO CIEGO

Hay una experiencia que hacer con un reloj de pared: la de que se vea moverse el péndulo sin hora. Para eso se le quitan las manillas al reloj y queda su marcha ciega, sin obligaciones ni compromisos.

Camina el tiempo ciego por donde quiere, marca sus pasos sin llevar cuidado por donde va. Deja de ser primero de mes y de agravarse la hora de la comida.

Es un reloj benévolo que marca eternidad.

Es algo diferente a esos relojes que marcan la hora y repiten las campanadas de las horas dos veces.

¡Guay si con esos relojes no está la comida a la hora en punto!

Son los relojes que más temen las cocineras.

¡ÉSE SOY YO!

Cuando vi sacar aquel cadáver del agua, grité:

— Ése soy yo... Yo.

Todos me miraron asombrados, pero yo continué: «Soy yo... Ése es mi reloj de pulsera con un brazalete extensible... Soy yo».

— ¡Soy yo!... ¡Soy yo! —les gritaba y no me hacían caso, porque no comprendían cómo yo podía ser el que había traído el río ahogado aquella mañana.

EL VIEJO ESCRITOR

Ya no quería recibir a nadie, evitando viesen tal como estaba en sus postrimerías, pero vino de lejos alguien que insistía sin parar y quería empujar la puerta entreabierta.

La vieja asistenta luchaba con el intruso.

— Imposible... No está para nadie... No se le puede ver.

— Dígale que es sólo un momento, pero que no me quiero ir al pueblo sin conocerlo.

El viejo escritor al oír aquel apremio se levantó de la mesa en que escribía el noveno tomo de sus memorias, y dirigiéndose a la puerta la abrió de par en par y dijo al intruso:

— Pase... Ya que se empeña en verme, véame... Estoy sin cara, esa careta que todos llevan puesta y que yo me quito para escribir con más verdad. ¿Qué le parecen mis tendones rojos y entrecruzados?... Tampoco tengo orejas, como verá... Tampoco tengo dientes, que estorbarían a la fluidez de la idea como serretas de caballo... Estoy en libertad de acción para escribir lo soñado, lo no impuesto por nadie, lo que después le gusta a usted...

El entrometido tenía una cara de pavor en la que el viejo escritor se veía como en un espejo de horror, y lentamente retrocedía hacia la puerta, hasta que escapó corriendo por la escalera como alma que lleva el diablo.

Ramón y Alfredo :

Regalos para un tiempo de malestar

POR IGNACIO CARRIÓN

Relatos breves o greguerías largas, los *caprichos* de Ramón nacen de una escritura rebosante de humor. Lo mismo ocurre con los dibujos de Alfredo González, a quien conozco y admiro desde hace cuatro décadas. Igual que Ramón, Alfredo acierta a dar una segunda vuelta de tuerca a la ironía provocando al lector, cuando no al mismo escritor (si hubiera estado vivo), hasta ponernos contra las cuerdas mismas del sarcasmo.

Aquí, en este libro, hay un poco de todo. Hay un humor directo, como la frase corta y el dibujo lineal, que irrumpen sin rodeos en la página y salen igual que entraron. Pero hay también otros *caprichos* que entran con disimulo por un lado de la escena. Se acercan con cautela al centro y, una vez allí, estallan como una bomba de relojería cargada de comicidad. Buena parte de los textos de Ramón son producto de la melancolía. Algunos provienen de estados de nostalgia pura y simple. Mientras que otros recogen imágenes oníricas o fantasías surreales. Ramón era una combinación de todo eso. Su universo artístico se alimentó en la variedad y en la anarquía. Su personalidad fue la de un explorador de todos los continentes. Si iba por un camino regresaba por otro. Hablaba en público como un conferenciante de la ocurrencia y del asombro. Unas veces parecía genial. Otras lo era. Y en cambio otras hacía creer al público que la genialidad estaba del lado de éste, con lo que garantizaba su propio éxito. En el fondo vivió como un triunfalista más que como un triunfador. Y su mayor esfuerzo —porque los esfuerzos difícilmente se disimulan— consistió en desvitalizar la melancolía de un lenguaje que, aun siendo poético, no se adentró en la poesía.

No se saborea el humor verdadero de Ramón, o de Alfredo, con el estrépito contagioso de las carcajadas, sino más bien en el silencio y el sosiego de la lectura en soledad. Entonces advertimos la sonrisa interior que ellos mismos revelan en estos *caprichos*, al tiempo que nos invitan a participar en su experiencia artística, en una determinada visión del mundo. O, si se prefiere, en la reflexión de fragmentos muy diversos de la condición humana. Luminoso o negro, el humor que hay en

este libro despierta en el lector un deseo de meditar, de entender el mundo, aun no siendo el mejor de los mundos, en lugar de huir despavorido y sin saber por qué. En el origen de este humor hay un compromiso de clarividencia, así como una invocación a la lucidez.

En bastantes *caprichos* se vislumbra una segunda historia en el interior de la primera. O incluso puede haber más. Pero es preciso poner algo de nuestra parte. Sobre todo poner un freno a la ansiedad que este tipo de libro desata desde el principio y nos lleva a pasar página a toda prisa para descubrir la sorpresa que nos depara la siguiente página. Y esto impide adentrarnos en los detalles y la riqueza del texto o dibujo frente al que nos encontramos. Algo parecido ocurre con los libros de aforismos. Antes de engullir el que acabamos de leer, ya estamos deseosos de tragarnos el siguiente sin haber digerido los anteriores. Al final todo es un torbellino de ideas o de emociones. Y esto, aun siendo algo, no es suficiente. Me permito recomendar al lector que lea y observe con mucha calma. De lo contrario le ocurrirá como en uno de esos barracones de tiro al blanco que montan en las ferias, donde las imágenes que reclaman el disparo no se detienen y tú, casi sin apuntar, pretendes abatirlas. Muy pocas veces aciertas en la diana.

La caja de un limpiabotas es, para Ramón, «un confesionario diminuto», definición inmejorable de la confidencialidad que existe entre el operario acuclillado a los pies de su cliente y este cliente, cuyo calzado son garras feroces que oculta debajo de la mesa. Y entonces Alfredo dibuja un bar americano que recuerda el del hotel Waldorf Astoria en Nueva York, la ciudad que él y yo pateamos juntos hace años, perseguidos por el fantasma de Ramón quien, de cuando en cuando, nos propinaba una patada en el culo para que mirásemos la realidad de un raseacielos más allá de su engañosa apariencia.

Uno a uno se podrían descuartizar los microrrelatos de Ramón y los dibujos de Alfredo creando, de sus partículas, nuevas historias o alargando de mil modos aquellas que nos presentan. Me parece que este

poder de invención que ambos contagian hay que aprovecharlo y agradecerlo. Ellos piensan y miran por nosotros, es cierto, pero no anulan en ningún momento nuestro deseo por acompañarlos y, en ocasiones, por adelantarlos en ese camino abierto de la imaginación. Su lectura es no sólo un aprendizaje sino también, y antes que nada, una provocación.

Hay un *capricho* titulado «Contrato editorial», en el que se nos presenta a un editor que adquiere los derechos en exclusiva de la cabeza de un autor, con lo que la cabeza de ese autor pasa a ser de la propiedad intelectual del editor. El autor firma de buena gana la venta de su cabeza. No va a incumplir el contrato. Lo que hace es renunciar a su cabeza para escribir mucho mejor con los pies. Y aquí vuelve Alfredo, excesivo en su grafismo como Ramón en sus fantasías literarias, y nos muestra al escritor que podría ser prototipo del autor de éxito actual (pues, ¿cuántos escriben con la cabeza en comparación con los que triunfan con los pies, puestos por entero al servicio del mercado?) que todo lo que precisa es quitarse la bota, ponerse la pluma pegada al dedo gordo del pie y extender la pierna sobre su rentable mesa de trabajo.

Ramón Gómez de la Serna (Madrid, 1888 – Buenos Aires, 1963) conoció la gloria en vida, y con toda justicia. Alfredo González (Agüeria, Asturias, 1933), por suerte todavía vivo y coleando, nació ya con la gloria que confiere el don de un dibujante a quien no parece agotársele el talento o la fuerza ante cualquier proyecto. Lo cierto es que ambos se complementan muy bien. Y ambos son lo que cualquier artista aspira a ser: deslumbrante, auténtico y original.

Alfredo debe dibujar sus memorias. Está a tiempo. Será un legado que nos permita recordarlo por sí mismo tal como es, o como cree ser. Pero aunque insisto para que lo haga antes de que sea demasiado tarde, no parece tener ninguna prisa. Ahora lo entiendo: se resiste a dibujar su propia vida para seguir viviendo y pintando sobre otras vidas. Alfredo quiso ser maquinista de Renfe, conductor de camión y también

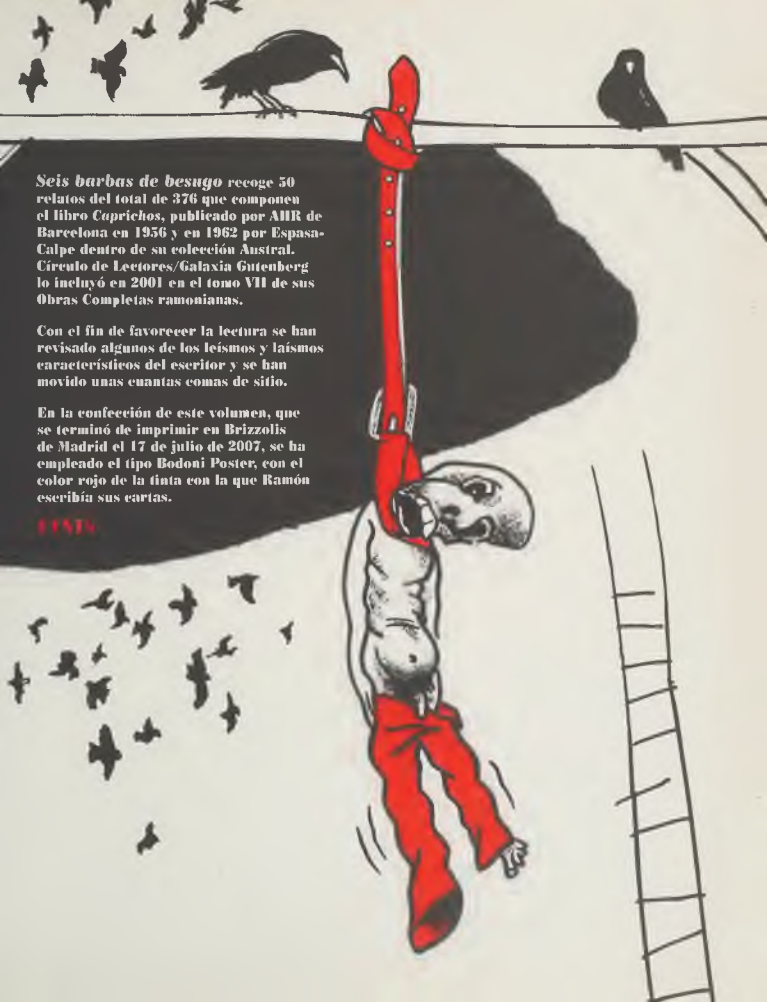
futbolista. Se quedó en fraile dominico, estudió teología y filosofía, y aunque abandonó la orden en el último momento, sin duda agradecido por sus enseñanzas, lo arrastró una vocación de hombre con mujer a su lado. Trabajó con un sastre algo canalla en el Madrid de los años duros, se marchó un tiempo a Venezuela y regresó al mundo de Quevedo, de Gracián, de Goya y de Ramón, como reflejan algunas memorables anécdotas de viajes que hicimos juntos por España y el extranjero y que nadie podría dibujar como él.

En una aldea abandonada de León, un vecino entrado en años y resentimientos había perdido una mano por un mordisco de su propio burro. El tipo mató cruelmente al animal. A nosotros nos permitió acercarnos para entrevistarlo y dibujarlo. Pero cuando Alfredo empezó su trabajo, el hombre agarró y alzó un grueso palo con la mano que le quedaba y tuvimos que salir por pies antes de que nos partiera la cabeza. Corrimos monte abajo como nunca habíamos corrido ni correremos jamás. En Moscú estaba Alfredo dibujando el ballet Bolshoi cuando sufrió un aparatoso desvanecimiento. Alfredo mide casi dos metros, y la caída fue espectacular en mitad del patio de butacas y en plena danza de la compañía. Enseguida acudió de muy mal humor el médico del teatro quien, sin pensárselo dos veces, le sopló semejante bofetada al desvanecido dibujante que aún dudamos si lo hizo para devolverlo a la vida o para humillarlo al más puro estilo soviético. Alfredo culpa de ello al KGB...

Igual que Valle-Inclán se sacó el esperpento de las barbas, Ramón se sacó las greguerías no sé de dónde, ni me importa. Cuando lo descubrí pensé que se trataba de un escritor inclasificable. Podemos imitar los aforismos de la tristeza y de la desesperación (Cioran), ya que lo amargo y triste lo llevamos inmediatamente debajo de la piel, mientras que lo risueño y divertido, aun siendo a veces banal, anida en otras profundidades de nuestro ser y constituye un regalo en tiempos de malestar. Y esto son los relatos breves o greguerías largas de Gómez de la Serna y los dibujos de Alfredo, regalos para un tiempo de malestar que Vicente Ferrer ha reunido en este volumen que, como otros libros editados por él, son obras destinadas a perdurar. *Ignacio Carrión*

Seis barbas de besugo 9
El domador de focas 12
La vivienda acordeón 13
Cleptómana de cucharillas 16
Récord de viajero de avión 17
El mismo almanaque 20
El gato que vuela 21
El pastel de bodas 24
Don Etcétera 25
El ladrón erudito 28
Discusión superflua 29
Empleo para los zorros 32
Diario del preso feliz 33
Sabe a mariposa 36
La uva 37
Los dueños de la tienda de objetos de goma 40
Contrato editorial 41
El abrelibros 44
Regalo de bodas 45
Metamorfosis 48
Aquella muerta 49
El viajero indispuesto 52
El cinturón 56
Suicidio de un piano 57
El pescador de lápices 60

61 Negocio de guerra
64 El gran pedagogo
65 La tía del niño
68 Secreto de las revoluciones
72 Remedio piloso
73 El gallo del guardagujas
76 El pintor con muchos pinceles
80 Revolución
81 El terror de los limpiabotas
84 ¿Quién parece?
88 Las más bellas colegialas
89 Asociaciones raras
92 La manía del millonario Oven
93 El hielo negro
96 Un rey antiguo que resucita
100 El plante de los girasoles
101 El burro zancón
104 Yo vi matar a aquella mujer
108 No apta para menores
109 Un coche en la nieve
112 Cerillas numeradas
113 No pudo ser cacereño
116 El tiempo ciego
117 ¡Ése soy yo!
120 El viejo escritor



Seis barbas de besugo **recoge 50 relatos del total de 376 que componen el libro *Caprichos*, publicado por AHR de Barcelona en 1956 y en 1962 por Espasa-Calpe dentro de su colección Austral. Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg lo incluyó en 2001 en el tomo VII de sus Obras Completas ramonianas.**

Con el fin de favorecer la lectura se han revisado algunos de los leísmos y laísmos característicos del escritor y se han movido unas cuantas comas de sitio.

En la confección de este volumen, que se terminó de imprimir en Brizzolis de Madrid el 17 de julio de 2007, se ha empleado el tipo Bodoni Poster, con el color rojo de la tinta con la que Ramón escribía sus cartas.

FINIS

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

1

CRÍMENES EJEMPLARES

MAX AUB

ilustraciones de AJUBEL, ALFREDO, BACHS, BALLESTER, BALZOLA, CALATAYUD, CHUMY CHÚMEZ, EL ROTO, Y HASTA 32 DIBUJANTES

2

UNA TEMPORADA EN CALCUTA, la mirada de un dibujante

LLUÏSOT

3

GARRA DE LA GUERRA

GLORIA FUERTES

ilustraciones de SEAN MACKAOUI

4

NO HAY TIEMPO PARA JUGAR relatos de niños trabajadores

SANDRA ARENAL

ilustraciones de MARIANA CHIESA

Media Vaca

ISBN 978-84-934038-8-1

ÚLTIMA LECTURAS

Valencia - ESPAÑA

9788493403881
12/30/2019 11 02-3
23